

Fútbol, el "caso Rojas": conclusión de dieciseis años

José Cayuela



El domingo 3 de septiembre ha pasado a ser el día de la vergüenza para el fútbol chileno. Aquella tarde culminó en la cancha del estadio Maracanã, uno de los más grandes del mundo, sino el más grande, la seguidilla de irregularidades que llevaron a este deporte rey en las preferencias del público a brindar más espectáculo fuera que dentro de los recintos deportivos. Un espectáculo tan bochornoso que, en este final de era de la dictadura de Pinochet, se puede sostener que los militares chilenos, a lo largo de su excesivo mandato, no sólo no le dieron pan a su pueblo. Tampoco le dieron circo -en forma de fútbol- como les brindó en cambio a los argentinos el general Perón en los años 40 y 50 y el caudillo Franco a los españoles, al menos durante los cinco lustros finales de su égida.

Cuando aparezca esta nota, tal vez no quedarán ya dudas acerca de lo que hizo o no hizo el gran actor -literalmente- de esta tragicomedia futbolística. Rojas, ahora marginado para siempre de los arcos del mundo, es un verdadero símbolo del fútbol de este imperio de las leyes del mercado impuesto el 11 de septiembre de 1973. Hizo sus primeras "armas" deportivas en el club Aviación, durante el fugaz paso de la institución alada por la primera división del balompié profesional. Estuvo involucrado en un *affaire* de falsificación de pasaportes, con el propósito de concurrir a un sudamericano juvenil en representación de Chile. Los que tienen buena memoria dicen que en la misma serie de documentos falsificados entonces se contaron los que permitieron a Pedro Espinoza, Fernández Larros y Michael Townley viajar a Washington en su macabra misión por el asesinato del ex canciller Orlando Letelier. Rojas luce también una mancha en forma de test positivo de estimulantes luego de un partido decisivo.

Puntos... y dólares

Pero probablemente nada de esto habría reaparecido en la prensa, o en las memorias, si el equipo chileno hubiera concluido normalmente su encuentro con Brasil para definir cuál de los dos

países concurriría al mundial de Italia en este año de 1990. Hasta ese momento, tanto en sus presentaciones en Colo Colo como en la selección chilena, o en su último club, el Sao Paulo, de Brasil, el portero era admirado justamente por su corrección. Parecía el perfecto capitán: sobrio, maduro, capaz de imponer sensatez a los compañeros exaltados, espléndido en sus reflejos, ágil como un gato, seguro bajo los palos, tanto por bajo como por alto, respetado por su capacidad para hacerse respetar por los dirigentes. En fin, un futbolista grato de ver en la cancha y popular entre sus iguales, fuera de ella.

¿Qué tienen que ver las leyes del mercado con esta historia, podría protestar un neoliberal? Simple: todo indica que al "sobrereactuar" en Maracanã, tras la caída de la bengala, Roberto Rojas estaba llevando a cabo un plan urdido para obtener al menos un tercer partido contra Brasil en cancha neutral. Con los beneficios económicos consiguientes, para él, sus compañeros y los que aparecen también severamente castigados por la FIFA: el entrenador Orlando Aravena, el médico uruguayo Daniel Rodríguez, el kinesiólogo Alejandro Kock y el utilero Nelson Maldonado, todos por cierto miembros del "staff" del entrenador Aravena. Por encima de cualquier consideración ética o deportiva primaron las apetencias económicas. No se trataba sólo de

competir, sino de ganar puntos... y dinero, dólares.

El caso del médico uruguayo es digno de subrayar. Había sucedido en el cargo a tres conocidos traumatólogos o expertos en medicina deportiva: Pablo Rodríguez, Alvaro Reyes y Patricio Arroyo. Los tres hombres de notoria militancia izquierdista que perdieron su puesto como resultado de la persecución desencadenada en todos los planos desde 1973. Reyes y Arroyo estuvieron incluso en prisión y procesados como "terroristas".

En todos los planos

Aparte de los detalles por esclarecerse, el episodio del Maracanã era la culminación de una serie de graves irregularidades en el fútbol chileno, en todos los planos:

- en menos de un año, habían renunciado dos directivas completas de la Asociación Nacional de Fútbol y de la Federación. En el fondo, la normalidad administrativa en este deporte se quebró tras el colapso financiero de la mayoría de los clubes, en los años 82-83.

- pese a que ha sido una época de abundancia de recursos financieros, los clubes aparecen irremediamente quebrados. Sólo algunos, como Universidad Católica, llevan a cabo una labor sostenida de formación de juga-

dores desde la niñez y de adecuada atención tanto a los futbolistas profesionales como al público. Otros, como el Colo Colo, el más popular, sólo parecen imponerse merced a la contratación de un número creciente de jugadores extranjeros, comprados y sostenidos con sueldos que se contradicen con situaciones de quiebra nunca aclaradas. El caso de Universidad de Chile, cuyo patrimonio perteneciente a la Universidad misma simplemente desapareció, es patético. Mientras el Estadio Nacional, un complejo deportivo extraordinario y que no envejece, pese a no haber recibido ni una mano de pintura desde el mundial de 1962, languidece vacío, convertido ahora sí en elefante blanco, los clubes prefieren construir sus propias instalaciones, que inauguran incluso con peligro para el público. Es el caso del "Monumental" de Colo Colo, terminado gracias a la generosidad de tiempos electorales del general Pinochet. Es otra muestra de esa tan vocada eficacia en el uso de los recursos públicos.

- prácticamente cada una de las grandes transferencias de futbolistas, ya sea para exportarlos o para importarlos, se vio empañada por manejos turbios de los centenares de miles de dólares involucrados. Los casos de Jaime Vera (transferido por Colo Colo a un club griego), Hugo Rubio (vendido por Colo Colo al *Saint Gall*, de Suiza), Ivo Basay (cedido por Everton a un club francés luego de haberlo prometido a uno de México) y Sergio Díaz (importado desde Colombia por Colo Colo, pese a que lo habían vendido a La Serena) fueron noticia escandalosa por los manejos del dinero o los contratos de parte de empresarios privados (verdaderos traficantes de jugadores) o de los clubes implicados.

- durante los partidos locales o de la Copa Libertadores, los dirigentes permitían que se cometieran faltas imperdonables para la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado): invasión del campo o sus bordes por entrenadores iracundos; funcionamiento de relojes electrónicos visibles para público y jugadores; continuas protestas de los jugadores al árbitro hasta convertirse en un hábito altamente perturbador del espectáculo; conducta agresiva de los fanáticos durante y después de cada encuentro.

- en el partido semifinal con Brasil en Santiago se incurrió precisamente en todas estas serias anomalías. Además, se agravó inecesariamente al presidente de la FIFA (el brasileño Joao Havelange), cuando se permitió que el equipo chileno entrara primero al campo de juego (las normas de la FIFA exigen que ambos equipos ingresen juntos), provocando una rechifla insultante del público, incluso durante la interpretación del himno nacional brasileño. La falta de garantías para los jugadores del Brasil y para los árbitros ecuatorianos fue notoria, pese a que en definitiva el público chileno no los agredió.

- estos pecados de los dirigentes chilenos, en gran parte responsables del irregular desarrollo del partido de ida contra los brasileños, llevaron a la FIFA a prohibir la utilización del Estadio Nacional en partidos internacionales. Y entonces ocurrió otra irregularidad de la que curiosamente nadie volvió a hablar: la Federación chilena nunca devolvió el importe correspondiente a las entradas de abono para el partido de vuelta de Chile con la selección de Venezuela, que debió jugarse en el estadio de la ciudad argentina de Mendoza. Los cálculos de un aficionado que perdió su entrada y su dinero eran que la Federación había cobrado indebidamente al menos unos 40 millones de pesos.

Provocar tercer encuentro

De manera que el episodio del Maracaná, que comenzó desencadenando las más iracundas pasiones chovinistas y

concluyó con un generalizado sentimiento de vergüenza nacional, no fue ni remotamente la primera falta grave del deporte chileno de estos años, en su versión fútbol. Y, considerando estos antecedentes, las sanciones impuestas por la FIFA resultan justificadas y hasta moderadas. Porque es un secreto a voces que tanto Rojas mismo como el entrenador Aravena, sus ayudantes y los dirigentes que estaban a cargo de la delegación en Río, fueron no sólo responsables de un engaño monumental, sino que además fueron monumentalmente torpes.

Llama la atención que todos insistan en que fueron condenados en base a presunciones. Ello se debería a que, efectivamente, las pruebas de que dispone la FIFA sobre lo ocurrido en el Maracaná son lapidarias, pero no susceptibles de usarse ante un tribunal. Consistirían, por ejemplo, en grabaciones de los gritos de Aravena a través de un transmisor inalámbrico (*walkie-talkie*). Habría también otras grabaciones provenientes de micrófonos ocultos por los brasileños (que por cierto no son ángeles) en el camarín chileno, que delatarían la confabulación de los dirigentes y algunos jugadores para provocar la suspensión del partido y un tercer encuentro. Todo ello ignorando de manera incomprensible las reglas de este tipo de partidos, que castigan sin apelación el abandono de la cancha por uno de los rivales.

Empezando por las conciencias

Cuatro meses después del tristemente célebre partido en Río, el fútbol chile-



no está sometido a una nueva reorganización, la enésima en estos dieciseis años de dictadura. Un periodo en que pasaron al olvido las jornadas memorables, tanto en estadios chilenos como en el extranjero, en que grandes equipos como el Colo Colo de 1973, las dos universidades de la década del 60, la Unión Española, que llegó a ser vicecampeona de clubes de América, convirtieron al fútbol en pieza fundamental de la cultura en su forma de grandes y dramáticos espectáculos para públicos masivos. Un periodo, por cierto, en que el fútbol no soñaba con disponer de los recursos que hoy han venido a enturbiar la conducta de jugadores, técnicos y dirigentes. No había entonces ni Polla Gol (dineros administrados por el Ministerio de Defensa y por lo mismo no sujetos a control público alguno), ni derechos millonarios por transmisiones de TV, ni publi-

cidad igualmente millonaria en camisetas o al borde de los estadios ni transferencias de jugadores al exterior, que suelen rendir millones de dólares a clubes y empresarios privados.

Los clubes, justamente los de las grandes hazañas, al menos a nivel sudamericano, vivían de la dedicación y la generosidad de algunos mecenas, como el empresario textil Antonio Labán. El público respondía y llenaba los estadios, disfrutando de campeonatos locales bien organizados y magníficas temporadas internacionales. No había "barras" que martirizaran los oídos con su bullicio monótono y sus

cantos incoherentes u ofendieran el buen gusto más elemental con sus groserías convertidas en arengas coreadas por bandas de energúmenos. Las "barras" de entonces disfrutaban y dejaban disfrutar, seguían el desarrollo del partido como verdaderos conocedores del fútbol (en los legendarios clásicos universitarios se instalaban al borde del campo y no pasaba nada) y cumplían con eficacia su papel, alentando a los jugadores en momentos flojos o celebrando sus conquistas.

En fin, el fútbol era lo que debe ser nuevamente en los tiempos que de avencinan: una de las manifestaciones culturales y expresiones de sociabilidad más sanas e importantes y un recurso eficaz para completar la educación de una juventud peligrosamente empujada a venerar ese dinero que todo lo compra, empezando por las conciencias. (X)

